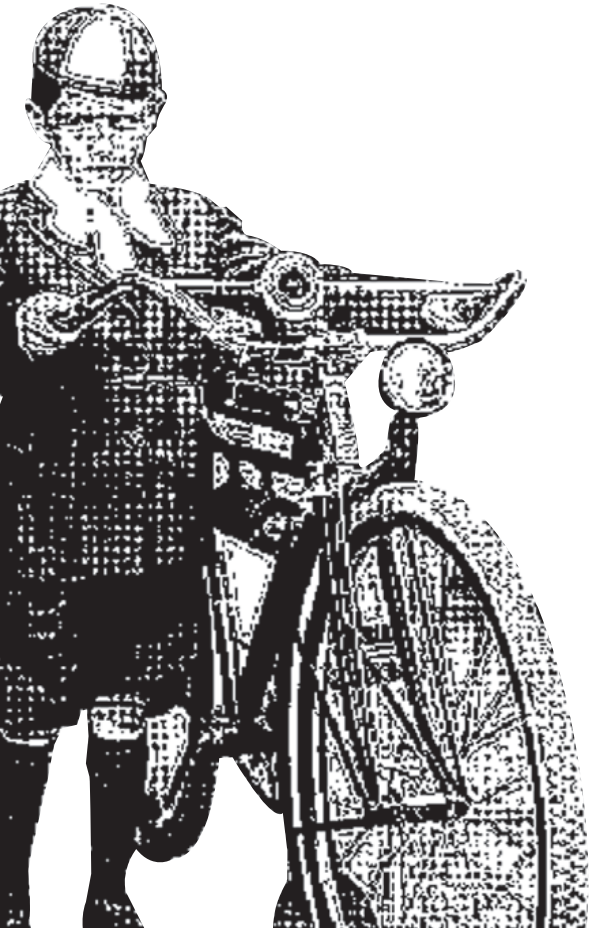


## EL DF EN BICICLETA



**Siempre** he pensado que andar en bicicleta por las avenidas del Distrito Federal es más que un acto suicida. Lo sigo pensando justo ahora que voy trepado en una de ellas, hechiza, de montaña, sin amortiguadores, a la que le rechinan horrible los frenos. Mi objetivo: seguir a Míster X.

Aunque parezca un asunto de espionaje, no lo es. Míster X es el pseudónimo de Ismael. Gafas oscuras y aerodinámicas, pelo largo, uniforme ajustado de licra y casco reglamentario, este moreno e infatigable bigotón es uno de los diez mensajeros de la agencia Ciclos, dedicada a entregar todo tipo de paquetes (o al menos los que alcancen en una mochila): documentos, fotos, flores, ropa, vino, regalos, animales. Incluso Ciclos ofrece recoger llaves cuando se te olvidan en casa, llevarte comida o ayudarte en lo que sea. Y no se descarta la posibilidad de que algún cliente o clienta contrate los servicios de Ciclos con la ilusión de ver llegar a un musculoso y jadeante mensajero. Por mi parte,

soy un reportero sin mayor experiencia ciclística que ha querido saber cómo se las arreglan estos kamikazes para cumplir con su trabajo en una ciudad con casi tres millones de autos: pedalear para entregar paquetes en una de las ciudades más gigantes, inseguras y contaminadas del mundo.

Jacob Fasting y Peter Aagaard, los dueños de esta insólita empresa, son dos psicólogos daneses que quieren cambiar el mundo del DF. Creen que sólo en bicicleta se pueden cruzar en menos tiempo los desiguales mundos que coexisten en esta megalópolis. Dicen estar convencidos de que lo que hace falta son negocios limpios en México. Fasting y Aagaard tienen menos de treinta años y son muy idealistas, pero dicen que lo ingenuo ya se les quitó. Quizá desde que fueron visitados por los ladrones cuando tenían sus oficinas en el Centro Histórico. Ahora ya cierran con llave.

Se dicen precavidos pero no temerosos. El temeroso soy yo, que voy sintiendo en el rostro los densos golpes de aire que los automotores propinan cuando nos rebasan a mí y a Mister X en la calle Sullivan, cerca de las oficinas de Ciclos y del Centro Histórico. Cuesta trabajo creer que antes de la llegada de los españoles aquí había un lago y una ciudad flotante. Hoy es el centro de una atiborrada ciudad recubierta por una costra de asfalto y con diez mil kilómetros de vías por las que transitan cada día veinte millones de habitantes. Y cuesta trabajo medir algo menos de dos metros de altura y montarse a una bicicleta prestada para perseguir a un verdadero ciclista urbano que atraviesa el DF de un extremo a otro todos los días.

Lo primero que hice al treparme en la bici fue persignarme. De instante en instante pruebo el freno de mano como si no creyera en ello. No es el momento de perder el equilibrio. Ahora estamos en el cruce de las avenidas Reforma e Insurgentes, a un paso del monumento del Ángel de la Independencia, que a estas alturas también es de la guarda. Ya se sabe: tráfico *heavy* y Mister X no duda en treparse a la banqueta. Ahora son los peatones los que se tienen que cuidar de él. En la jungla de asfalto, cada quien tiene sus propios depredadores.

Y aquí vamos cruzando Reforma con Insurgentes. Mister X levanta su brazo izquierdo para avisar a los automovilistas que vamos a cambiar de carril, pues adelante hay un camión obstruyéndonos el paso. Hay que poner el ojo en el pavimento, en especial a esa estrecha franja en la orilla de las aceras por donde normalmente circulan los ciclistas y cuya superficie es accidentada. Cuando no son baches, son parches o alcantarillas. Ni qué decir del cotidiano zigzaguo entre espejos retrovisores. Con o sin bicicleta, los mexicanos llevamos décadas toreando el tráfico. Sin embargo, no hay duda de que el mayor temor de cualquier ciclista urbano es que el conductor de un vehículo estacionado abra de improviso su puerta. Muchos dientes se han quebrado en estos trances. Pero por el momento todo marcha sobre dos ruedas. Ya avanzamos por la adoquinada calle Oaxaca, rodeamos la glorieta Cibeles, copia de la misma que hay en Madrid. Es la colonia Roma, un barrio de casonas y edificios afrancesados.

Esto se ha vuelto un lío de nacionalidades y estilos. Al rato estamos en la avenida Nuevo León, cruce con Michoacán, colonia Condesa, un barrio con parques y restaurantes al aire libre que alguna vez albergó un hipódromo. Mister X se detiene, baja de la bicicleta y la carga unos cuantos escalones. Es la oficina de la revista *Wow*, una publicación para jóvenes, donde recoge el primer paquete del día. Tiempo estimado de viaje: catorce minutos. Nada mal para ser un día laboral por la mañana. En un auto, esta misma distancia, unos cuatro kilómetros, se hubiera recorrido en casi el doble de tiempo. Mister X me va inspirando confianza.



Se acaban de mudar y llego a pie a la oficina de Ciclos. Está hecha un desmadre. “Nos estamos cambiando. Está chida la oficina, ¿no?”, me dice Fasting, quien, vestido con pantalones vaqueros y camisa tipo leñador, me recuerda a un campesino menonita, de esos rubios que en algunas ciudades de México andan de overol y venden quesos frescos en las esquinas. Al fondo, tras una ventana y luciendo una camiseta sin mangas que muestran una trabajada musculatura, Peter Aagaard hace unas llamadas telefónicas. No falta el mapa de la Ciudad de México en la pared. Además de bicicletas y refacciones alrededor, en el fregadero hay una sandía partida por la mitad y unos vasos desechables con sedimentos de licuados de frutas que venden en puestos callejeros. Fasting me cuenta su historia en un atropellado español. Hace unos años ambos vinieron por

primera vez a México para hacer un trabajo de psicología. De vuelta en Copenhague, decidieron volver a México y aquí se compraron un auto viejo y grande –de esos que extrañan en Europa– para viajar por Chiapas. Al final decidieron que se quedarían a ensayar un negocio.

Me hubiera gustado sentar en el diván a este par de psicólogos para encontrar una respuesta *profunda*. No fue necesario. Mientras usaba un desarmador para botarle la cámara a una llanta, Fasting me confesó que Dinamarca y la psicología los mataba de aburrimiento. Necesitaban acción. Diversión. Peligro. Hacer suyo el sueño americano en México, un país del que dicen se enamoraron y al que, como André Breton, consideran surrealista. “Dijimos: vamos a conquistar la ciudad más grande, la más fea y la más sucia. Y regresamos para ser felices en México”, recuerdan. Y qué mejor idea para dos psicólogos daneses que ser felices abriendo una agencia de mensajería en bicicleta en pleno DF. De Dinamarca con amor. Pero más allá de la tesis del México surrealista, sospechosa por turística, me di cuenta de que lo que fascina al dúo danés es encontrarse ante un país que en todo sentido es el reverso de Dinamarca. En Copenhague, donde hay más bicicletas que automóviles, las leyes son implacables con los ciclistas. “En cambio aquí”, dice Fasting, “si te pasas un semáforo en rojo, lo más que te llega a decir el agente de tránsito es: ‘¡Órale, güero!’”. ¿Hay acaso algo más excitante que atravesarte un semáforo en rojo cuando vienes a toda velocidad? Sí: rebasar en el Periférico, la vía rápida por

excelencia de la Ciudad de México, de seis carriles, que en algunos tramos tiene ya un controvertido segundo piso, gracias a las obras impulsadas por el polémico ex jefe de Gobierno del DF con aspiraciones presidenciales Andrés Manuel López Obrador.

–Te sientes realmente poderoso –me dice Aagaard.

Tengo preguntas urgentes que hacerles. Una de ellas es sobre la contaminación. ¿No les parece que es delicado para la salud andar respirando detrás de los escapes de miles de automóviles por día? El danés parece no inmutarse y saca una mascarilla en su empaque original. Me da la impresión de que ninguno de ellos la usa. “Dicen que conducir bicicleta en DF equivale a fumar tres cigarros al día. ¿Y quién no fuma tres cigarros al día?”, dice Fasting. ¿Y la seguridad? ¿No es peligroso? “No es peligroso. Al menos hasta ahora”, contesta. Me da un dato estadístico de Dinamarca: cuatro de cada cinco accidentes los tiene el ciclista solo y en un área cercana de su casa. Le pregunto si han tenido accidentes graves. Me dice que no. ¿Y accidentes? “Deberías ver los brazos de Peter”, responde. Para terminar la conversación, le pido a Aagaard que me los muestre. Veo varias cicatrices en sus antebrazos, producto de un cerrón cuando venía circulando a toda velocidad por una avenida. Un camión casi lo embiste.



Hasta este momento ningún agente de tránsito se ha metido ni con Míster X ni conmigo, a pesar de que un par

de veces ya nos hemos subido a las banquetas sin respetar a los peatones. Ahora circulamos hacia el sur del DF, por la avenida Insurgentes, justo a la altura del Polyforum Siqueiros, un adefesio creado por aquel muralista mexicano quien, entre otras cosas, le diseñó un muro exterior decorado con láminas, tuercas, tornillos y otros desechos industriales. “Esta ciudad no está hecha para humanos, sino para automóviles”, me dice Aagaard. Aunque parezca contradictorio, apuesta a que el tráfico de automóviles llegará a ser su aliado. Hay quien calcula que por cada niño que nazca este año en el DF dos automóviles nuevos empezarán a circular. Pienso en una adaptación de la sentencia alusiva al miércoles de ceniza: chatarra somos y en chatarra nos convertiremos.

Ahora Míster X se comunica vía radioteléfono con la base de Ciclos. La empresa funciona por comisiones: a más entregas, más dinero. En promedio, dice Míster X, un mensajero de Ciclos puede ganar el equivalente a treinta dólares diarios por una jornada de diez horas. ¿Tienen seguro de vida? No, apenas un seguro social. Las aseguradoras privadas consideran que la profesión de mensajero en bicicleta en el DF es de alto riesgo. Observando a Míster X, he vislumbrado las etapas que conforman el camino de un ciclista urbano en su peligrosa y excitante ruta hacia la iluminación. Esta es mi teoría: lo primero es la precaución. Ya se sabe: llevar casco, pantalones metidos en los calcetines, y todo lo demás. De la precaución se pasa a la concentración, fase en la que sucede la vida de

un ciclista común y corriente. Este estadio supone el ejercicio de una mirada camaleónica: mirar con un ojo hacia el frente y los costados, y con el otro hacia abajo, para así estar pendiente de las condiciones de una superficie que nunca es lisa. En la medida en que se consiga un óptimo balance entre atención y soltura, el ciclista pasará a la siguiente frecuencia: la de la intuición, cuya prueba de fuego consiste en anticiparse a ese momento en que la puerta de un auto estacionado se abrirá, cruzándose en el camino del ciclista. Si has superado esta prueba, es decir, si todo marcha sobre ruedas, es preciso extremar precauciones para no caer en el clásico exceso de confianza.

Se nos indica que tenemos que regresar a la colonia Condesa, pero antes le pido a Míster X que paremos en la tienda, donde nos abastecemos de barras de dulce de cacahuete. Hay que pensar en alimentos energéticos de fácil digestión (ayer compré plátanos, que tienen potasio, lo que ayuda a evitar calambres). También compramos un par de Gatorades azules. Míster X me dice que tal vez de la Condesa tengamos que ir a la colonia Polanco y de ahí a entregar un paquete a la casa de Sasha Montenegro, una veterana actriz –quien fuera esposa de un ex presidente mexicano– en Las Lomas, exclusivo barrio del oeste de la ciudad. Sólo de imaginarme esas subidas y bajadas tipo montaña rusa que hay en la zona me comienzan a dar escalofríos. En División del Norte, avenida que rinde homenaje a las huestes de Pancho Villa, un microbús me pasa zumbando a escasos centímetros. Podría decir que

invadió mi aura. Se lo comento a Míster X y me dice: “Sí, hay que tener cuidado. Hay que andar adivinando hasta cuáles son las intenciones de los coches”. Enseguida me pregunta si no tengo inconveniente en circular por el Periférico. Y se lanza con entereza.

Bajar por un paso a desnivel en una bicicleta sin amortiguadores y después de dos horas de manejo no es nada grato para el trasero de un ciclista novato. Me invaden los más funestos pensamientos: que si los autos a toda velocidad, que si un bache, que si crack. Me libero de ellos. En una parada sobre un paso de cebra, pregunto a Míster X si alguna vez se ha sentido mal por la contaminación. “Al contrario –me dice–. Andar en bicicleta ayuda a que no me den gripas”. El semáforo cambia a verde. Le pregunto a Míster X sobre su conversión al cristianismo. Noto que mi cerebro ya no está tan dispuesto a seguirme en la ruta. Ni el dulce de cacahuete ni el Gatorade han sido suficientes. Siento un ligero dolor en el pecho. Esguimientos nasales. No se lo comunico a Míster X, quien continúa como si nada, incluso casi sin tomar agua.

Ahora vamos en dirección al Bosque de Chapultepec, donde el Gobierno del Distrito Federal inauguró una peculiar ciclopista, cuyos puentes de diseño futurista presentan una pendiente tan elevada que para la mayoría es necesario subirlos a pie. Estamos en Paseo de la Reforma a la altura del Museo de Arte Moderno. Dejamos atrás el Museo de Antropología, donde están guardados cantidad de tesoros prehispánicos; el monumento

a Colosio, el candidato presidencial asesinado hace unos años en Tijuana; y el bar Hard Rock. Justo antes de llegar a la Fuente de Petróleos, homenaje al nacionalismo mexicano y al ex presidente Lázaro Cárdenas quien les quitó el petróleo mexicano a los gringos en 1938, Míster X recibe instrucciones para esperar a Macoy, otro de los mensajeros de Ciclos. Hacemos un alto en una zona arbolada. A pesar del tráfico endemoniado, la tarde es espléndida. Mientras esperamos, me cuenta cómo se convirtió al cristianismo. Llega Macoy.



A la oficina de Ciclos llega Prince, un mensajero barbón y con estatura de jockey originario de Santa María la Ribera, un barrio bravo del centro de la ciudad. Mientras intenta cambiar la cámara a una llanta (hay una ponchadura por semana), trato de conversar con él. Averiguo, por ejemplo, que para ir a Milpa Alta (pueblo limítrofe que ya forma parte de la zona metropolitana) se hacen dos horas y media. “Pero en coche se hace más tiempo”, dice Prince. Le pregunto qué consejo le daría a los valientes ciclistas del DF.

–Que se cuiden del transporte público, de uno que otro loco. Y de las mujeres también.

–¿Qué tienen las mujeres? –interrumpe Fasting.

–No, ésas dicen voy derecho y no me quito. Son las más peligrosas.

A continuación Prince pierde la paciencia y comienza a tasajear la llanta con un cuchillo. Quiere retirar

la cámara a como dé lugar. Sale furioso. Sabe que ha perdido un día de trabajo.



No puedo más y tomo la decisión de regresar a la base de Ciclos. Ya no podré conocer dónde vive Sasha Montenegro. Míster X y Macoy se ponen de acuerdo en qué entregas hace quién. Casi para despedirnos, X me recomienda rentar *Quicksilver*, la película en donde Kevin Bacon protagoniza a un ex corredor de bolsa de Nueva York que, arruinado, decide trabajar como mensajero en su bicicleta. “Esa sensación de libertad que se tiene no la cambias por nada”, me dice. Estrecho la mano de Míster X. Le agradezco infinitamente haber disminuido su velocidad habitual (un promedio de veinticinco kilómetros por hora, aunque en bajadas llegas a alcanzar hasta setenta). Le agradezco por haberme llevado por el buen camino. Para finalizar, Míster X me hace una recomendación técnica: “Ojalá puedas comprar una bici con suspensión delantera y trasera”. Dudo que algún día me habitúe a andar en bici por esta ciudad. Me hace falta un espíritu kamikaze. De regreso a las oficinas de Ciclos me doy cuenta de que no me encuentro bien. Siento un ligera punzada en el pecho. Esgurrimientos nasales. Otra vez.



Algunas semanas después, recibo un correo electrónico de Aagaard. Me dice: “Uno de nuestros mensajeros

murió atropellado por un taxi”. Me dirijo entonces a encontrarme de nuevo con los daneses. Ahora la oficina de Ciclos luce significativamente más ordenada. Sobre un tablero de avisos han clavado con una chincheta el retrato del ciclista muerto. Se llamaba Andrés Becerril y tenía veinticuatro años. Era casado y tenía un niño. Su pseudónimo: Pai. En la foto, aparece con un medio disfraz de Buzz Lightyear, el diminuto y audaz astronauta de la cinta *Toy Story*. El ciclista muerto estudiaba robótica. No se tienen detalles del accidente. Su familia decidió no continuar con las investigaciones. Pero se sabe que fue un día lunes de febrero, hacia las siete de la mañana, cuando salió de su casa a bordo de su bicicleta. A sólo unas cuerdas, un Volkswagen sedán color verde –un taxi de los ecológicos– lo embistió. Fue recogido por una ambulancia de la Cruz Roja. Cuando su esposa y su madre llegaron al hospital, Pai ya había muerto. Después de la tragedia, Fasting y Aagaard han decidido continuar con la empresa, aunque su visión del mundo ya no pueda ser la misma. “Esto no es más un dulce proyecto”, me dice Fasting. Aagaard, el de los musculosos brazos con cicatrices, dice: –En todas las revoluciones hay muertos.

Al día siguiente me encuentro con Míster X en una cafetería del Centro Histórico, desde donde se puede ver la Torre Latinoamericana. El cristiano me dice que no tiene miedo de correr la misma suerte que Pai. De todas maneras se negaría a cambiar de estilo de vida. ¿Cómo renunciar a esa inigualable sensación de libertad?

“En una ocasión mi mamá nos dijo a mi hermano y a mí: ya no anden en bici, se van a caer. Pero francamente prefiero estar en una bici que en el metro o en un microbús. Qué tal que el chofer se vaya a voltear o que nos asalten. No puedes dejar el control a otra persona. Andando en bici, yo mismo calculo el riesgo”, me dice. Y Míster X come muy lentamente una *Banana split*. Las bolas de helado se desdibujan y comienzan a dejar una sopa multicolor en su plato. Él sigue hablando sin hacer caso. Por lo visto no tiene prisa (tal vez no tenga ninguna entrega de paquetes que hacer esta mañana). Y en realidad, ahora que lo pienso, no tiene por qué tener tanta prisa. Míster X es un iluminado en dos ruedas.